

estoy por la abstencion. No quiero principio de autoridad, ya se encarne en un Imperio, ya se encarne en una república burguesa. Yo detesto la que proclamó el estado de sitio, la que fusiló al pueblo en las calles, la que nos deportó al Africa. (*Gritos. Protestas. Tumulto espantoso.*)

Una voz: Nos dividís.

Otra voz: Nos matais.

Muchas voces: Eso quiere el Imperio, eso quiere el Imperio.

(*Los gritos, las protestas, son tales, el ruido tan grande, que Mr. Lefrançais se ve obligado á bajar de la tribuna despues de haber terminado rápidamente su discurso.*)

Mr. Richard: Ciudadanos, no es hora de dividirnos. Ya llegará esa hora. Por el momento sólo tenemos que hacer una cosa; desembarazarnos del enemigo comun. (*Grandes aplausos*). Y para desembarazarnos del enemigo comua, propongo y sostengo el voto negativo. (*Redoblados aplausos.*)

Mr. Cheller: Ciudadano Presidente, yo tenia pedida la palabra antes que el ciudadano Richard, y soy siempre pospuesto.

El Presidente: Ciudadano Challer...

Mr. Cheller: Ciudadano Presidente, no destroceis de esa manera mi apellido. Yo me llamo Cheller.

Muchas voces: Que hable, que hable.

Mr. Cheller: ¡Qué proclama la del Emperador! Pues no dice que hizo una constitucion en virtud de los poderes que nosotros le dimos. En virtud de la autoridad que nos escamoteó, debió decir. Y luego añade que ha conservado el orden. ¡Bueno está el orden! Hay varias maneras de conservar el orden.

Hay el orden que reinaba en Varsovia bajo el Imperio ruso, y el orden que reinaba en París despues de las jornadas de Junio, bajo la República francesa.

El Presidente: No tolero nada que conduzca á dividir á los republicanos.

Mr. Cheller: ¡Por qué me interrumpís? Buena libertad es la vuestra: buenos estais

vosotros. (*Y se dirigia á la mesa con los puños levantados y crispados.*)

Mr. Lissagaray: No quiero divisiones en el partido republicano. Prudencia, prudencia, siempre y en todas partes prudencia. El gobierno ve por do quier conspiraciones. Y en efecto (dice, dirigiéndose al Comisario que permanece impasible), conspira la mesa de esta reunion, conspira esta reunion, conspira la Asamblea legislativa, conspiran los partidos, conspira la Francia entera, y de esta omnimoda conspiracion, saldrá, á no dudarlo, la República universal. (*Ruidosos aplausos y vivas prolongados á la República.*)

Son las once de la noche, y se disuelve la reunion. Pero el dos de Mayo celébrase otra reunion nocturna, en el Boulevard Clichy.

Un orador: Alabemos aquella época republicana en que el pueblo llevaba la libertad en sus entrañas.

Otro orador: Malditos soberanos extranjeros; prometieron que no dejarían reinar un Bonaparte en Francia, y no han cumplido su promesa.

Tercer orador: Por todas partes hay sembradas asechanzas contra la República. Cuando Lincoln fué asesinado, estaba la bahía de Nueva-York llena de fragatas inglesas, rusas, españolas. Pues á nadie le harán creer que fueron allí solas y por su gusto. Yo he visto pasar por delante de mi casa tres coches de las mensajerías imperiales, uno de ellos completamente lleno de boletines con síes y resguardados por las armas personales, personalísimas de la Reina Victoria. Esto demuestra que los soberanos extranjeros conspiran contra la República francesa.

Una voz: Pero eso no tiene sentido comun.

Otra voz: Protesto contra esta pérdida de tiempo.

Tercer orador: ¡Cómo que no tiene sentido comun? ¡Reaccionarios! En 1851, una marquesa que vivia en frente de la Embajada de Prusia, no me ocultó su propósito de des-

truir deliberadamente la República. Volví despues del golpe de estado á verla, y habia volado. (*Las protestas son tales, que el orador deja la tribuna.*)

Cuarto orador: No quiero coligarme con los republicanos formalistas, con los reaccionarios de todos colores para votar negativamente, cuando todos esos partidos aspiran á destruir el socialismo y á evitar que el trabajador perciba el importe íntegro de su trabajo.

Quinto orador: Para convencerse de cuánta verdad ha dicho el orador precedente, no hay sino ir á una reunion de la calle de Levis. El presidente se constituye en dictador, y no quiere oír á los socialistas. Estos republicanos á secas, republicanos de pura forma, son siempre los mismos. Deportábanos y fusilábanos en 1848. Ahora quieren servirse de nosotros para derribar el Imperio y ponerse en su lugar. Mas lo primero que harán despues de la victoria será volvernos á fusilar y deportar porque se rien de la cuestion social á mandíbulas batientes. Son jesuitas que se la echan de liberales para subir al poder. (*Ruidosos aplausos.*)

Mr. Montluc: Yo estoy por el voto negativo. Debemos considerar el Imperio como un hecho, sí, como un hecho detestable, pero un hecho al cabo. Y no nos forjemos ilusiones. El Imperio no há menester de grandes violencias para obtener grande mayoría, gracias á la ignorancia universal. (*Es verdad, es verdad.*) ¡Y qué debemos hacer? Resignarnos á la propaganda hasta que la mayoría á su vez nos pertenezca como hoy pertenece al Imperio; ilustrar las inteligencias para mover las voluntades. Por eso debemos unirnos y votar no; que de esta manera sabrá el pueblo todo lo que nosotros queremos.

Un abstencionista: Decís que nosotros, al no votar, nos confundimos con los perezosos. Pues vosotros, votando, os confundís con los ultra-imperialistas que no quieren la nueva Constitucion. Puesto que votais contra Ollivier, ya vereis qué pronto os traen á Rohuer.

(*Ruidosos aplausos y carcajadas prolongadísimas.*)

Otro orador (profundamente agitado): No hablemos de cosas baladíes en presencia de las cosas graves que yo debo deciros. Han preso á los delegados de las sociedades de trabajadores. Se quiere provocarnos á un motin. Ciudadanos, si os habla algun sér misterioso, en nombre del trabajo, de sublevaros, no le oigais. Si le oís, decidle que os presente su cédula de delegado de las asociaciones trabajadoras, y si no la presenta, rompedle la cabeza al esbirro. No queremos, no, los hijos del trabajo caer en el lazo de las conspiraciones oficiales. Queremos el derecho y el trabajo. (*Ruidosos aplausos. Vivas aclamaciones.*)

En la calle de la Fidelidad se verifica la última de estas reuniones que vamos á transcribir el dia tres de Mayo de mil ochocientos setenta.

Mr. Poulet: Hay aquí muchas opiniones diversas, pero todos estamos en una cosa acordes, en el odio al Imperio. (*Sí, sí.*) La conjuracion que acaba de denunciarse es una gran impostura y una burda maniobra. Los electores se ven perseguidos como fieras. Uno de Batignoles acaba de recibir una intimacion para retirar á su hijo de la escuela porque no va á los oficios religiosos. Y esto en la víspera del plebiscito.

Un orador: El presupuesto de la guerra ha costado durante el Imperio doce mil millones de francos, mientras el presupuesto de la Instruccion á duras penas habrá costado doscientos. El pueblo está cansado de Imperio, y lo mejor que el Emperador podria hacer es irse con viento fresco. (*Ruidosos aplausos.*)

Otro orador: Yo me comprometo á acompañarle hasta la estacion como acompañé á Carlos X, á Rambouillet, porque ante todo la buena educacion. (*Risas y aplausos.*)

Otro orador: Nosotros no tenemos por enemigo al Imperio, nosotros tenemos por único enemigo al capital.

de tantos dolores inenarrables habian podido tocar su corazon cerrado á toda piedad; en su cabaña sólo se veía la imágen del Emperador, la estampa representando las fabulosas victorias, y en sus ojos sólo habia lágrimas para el mártir y para el martirio de Santa Helena, para el Titan crucificado sobre una roca en mitad del Océano. Nada pasó desde entonces que pudiera modificar sus sentimientos. La prosperidad de sus tierras crecía diariamente, y lo que era consecuencia natural de los progresos del tiempo y de los profundos cambios sociales, se atribuía á la virtud y á la fuerza del Imperio. Así nada le importaba al campesino que los escritores de París tuvieran más ó menos libertad de esgrimir sus plumas; y los oradores de las reuniones públicas más ó menos espacio para expender sus disparates y sus locuras; nada le importaba que sustituyera Gambetta á Ollivier como Ollivier habia sustituido á Rohuer; nada que Víctor Hugo trazase desde el destierro ó desde el Boulevard sus colosales figuras dignas del génio de Miguel Angel; lo importante era que entrase en su mezquina bolsa íntegro el producto de sus tierras, y para esto que Napoleon III refrenara con mano fuerte á los demagogos é impidiese la restauracion de los Borbones. Mal gravísimo era semejante estado de ánimo en los pueblos, pero mal verdadero, y desconocerlo equivalía á cerrar los ojos á toda evidencia.

Luego los antiguos partidos monárquicos se modificaban profundamente. El absolutista, á la verdad, se parecia en su petrificación á las antiguas momias egipcias. Enemigo de los usurpadores, á quienes llamaba Buonapartes, votaria resueltamente contra el Imperio. Mas no así el partido orleanista. Poco numeroso, y muy enamorado de su antigua oligarquía, del gobierno de los abogados, que se alcanza y se sostiene en el Parlamento, creía que Napoleon y los napoleónidas iban á ser al fin de sus dias como Guillermo de Orange y la casa de Hannover en la

vecina Inglaterra, eterna norma de las combinaciones doctrinarias. Así nada más natural y nada sin embargo más criticado que la conversion del insigne escritor Laboulaye. A pesar de sus libros teóricos, su política práctica guardó siempre religioso culto á la época en que existía la alianza de la autoridad con la libertad por medio del reinado de las clases medias coronadas en la persona de Luis Felipe como el pueblo se creía coronado en la persona de Napoleon. Por esto mismo no habia régimen alguno tan contrario á sus creencias y tan repulsivo á sus sentimientos como el régimen cesarista, ese mónstruo informe, nacido del Ayuntamiento de los brutales pretorianos con la ignorante plebe. Mas ¿qué esperanza le quedaba de sacudir este régimen? La revolucion. Y la revolucion era á sus ojos medicina peor que la enfermedad. Así, en cuanto vió que el Imperio se trasformaba en sentido constitucional, en sentido parlamentario, abriéndose á la libertad, restaurando la tribuna y la prensa, creyó de su deber apoyar al Imperio. Lo mismo habia hecho Prevost-Paradol, aquel finísimo escritor, de pensamiento pocoprofundo, pero de estilo esmaltadísimo, que adquirió su gloria literaria y su laurel académico zahiriendo al César, y concluyó representándolo en Wasingthon para morir de vergüenza y de remordimientos en brazos del suicidio, juez severo y verdugo diligente de la propia deshonra. Pero la juventud republicana, que acudia al Colegio de Francia, que escuchaba las lecciones de Laboulaye, no alcanzaba cómo el profesor habia dividido su razon teórica de su razon práctica, hasta el extremo de ser teóricamente el republicano más avanzado y prácticamente el más convencido parlamentario. Eso de matar á Dios en la razon pura, de enterrarlo en aquellas cimas inaccesibles de la inteligencia para verlo fluir luego en la razon práctica, como fluye en el hondo valle el vivificante río que en la alta montaña es muda y muerta nieve; eso era el colmo de lo absurdo para las inteligencias sistemáticas y

los corazones entusiastas de la juventud universitaria. Se lo perdonaban á Kant por creerlo un germano extravagante; le perdonaban á Kant esas distinciones sutiles entre la razon pura y la razon práctica; pero no se lo perdonaban ni podian perdonárselo á Laboulaye. Y en efecto, el ilustre maestro enseñaba el derecho político de la confederacion americana, el derecho político de la República. A la realidad de aquel Imperio francés donde apenas respiraba la conciencia, oponía el ideal de la más amplia y plena democracia. Luego su libro de París en América era el sueño de libertad más luminosa, opuesto á las tristes asperezas de la servidumbre más abyecta, no es posible mantener la política siempre allá en lo puramente abstracto é ideal. Rousseau trazaba su pacto social, su pueblo cercano á la naturaleza, sin sentir la revolucion, y sin esperar que cayesen ni en tres siglos los antiguos reyes y las antiguas aristocracias. Y al poco tiempo, contra el descorazonamiento del elocuentísimo profeta, se vió surgir en América una sociedad sin reyes, sin nobles, sin clero oficial, sin ejército, sin distinciones ni gerarquía donde los derechos naturales se encarnaban profundamente en la sociedad, y la sociedad en la República. Pues bien, la juventud creía que Laboulaye habia escrito sus libros y habia pronunciado sus lecciones para que comulgaran todos en ellas la verdad política, y se proponian sostenerla y realizarla á costa de su tranquilidad y hasta de su existencia. Cuánto no fué su asombro al ver á Laboulaye en el error de aceptar el liberalismo imperial y de creer en la palabra del Emperador. Todo el afecto que le habian consagrado se trocó en odio. Le denostaron, le maldijeron, le silbaron, le escupieron todos en la cara. Le llamaron Senador, la más alta dignidad para el Imperio, la más grave injuria para los republicanos. Le entonaron canciones burlescas, cuyo estribillo era: volvednos el tintero, un tintero de plata, que la oposicion le regalara en los dias

de su popularidad. Laboulaye, con el corazon destrozado, mantuvo firmemente su resolucion y enhiesta su bandera. Mas los hechos han venido á mostrar que se equivocaba tristemente, y que el Imperio no podia servir á la libertad y á la paz, puesto que era la dictadura permanente y engendraba por necesidad el despotismo y la guerra. Desde entonces, desde aquella grave crisis, Laboulaye ha permanecido siempre fiel á la libertad, y ha sustentado la única solucion digna de Francia y posible en estos criticos momentos, la República.

Entre los terrores de las clases acomodadas, los delirios de la demagogia, las divisiones del partido republicano, el retraimiento de los avanzados y la desercion de los antiguos constitucionales, el plebiscito debia resultar favorable, muy favorable al Imperio. París mismo, el París republicano, habia retrocedido de una manera lamentable. Ciento treinta y ocho mil votos tuvieron los imperialistas; ciento ochenta y cuatro mil los republicanos. El retroceso de la idea era evidente, sobre todo, si se comparaba con el censo de las últimas elecciones. Pero al fin, le quedaba en París la mayoría á la República. En el resto de Francia, fué abrumadora para todos nosotros la ruidosa victoria del Imperio. Siete millones de síes alcanzó el Imperio por millon y medio de nóes que alcanzó la oposicion. Triste, lamentable resultado que apenó á muchos corazones enteros, y que nubló por completo el horizonte de nuestras esperanzas. Tras tantos errores el Imperio salia rejuvenecido y fuerte de esta grave crisis, con fuerzas para intentar cualquier nueva empresa y con esperanza de perpetuar su dominio. Yo lo comprendí tan claramente desde el primer dia, que escribí el 13 de Mayo estas palabras al *Nacional* de Lima. «Ahora temedlo todo. El matrimonio entre el César y la libertad se ha roto. Napoleon se cree omnipotente. Y saldrá de su situacion extraordinariamente grave, por una de estas dos puertas,

ó por el golpe de estado, ó por la guerra europea.

¿Comprendería el partido republicano todos los peligros que le traían sus complacencias serviles con los rojos? Esta pregunta andaba de boca en boca. Mr. Peyrat contestaba en el órgano más grave de nuestro partido, en el *Avenir National*, por estas sencillas y elocuentes palabras: «Sí, en estos últimos tiempos se han dicho y se han hecho muchas, muchísimas locuras..... Es necesario romper toda comunidad con esas doctrinas insensatas y con los estravagantes que las profesan.» *El Siecle*, el periódico más leído y más antiguo del partido republicano, exclamaba, dirigiéndose á los periódicos intransigentes: «Esas polémicas apasionadas y violentas han contribuido en primer término á la derrota de la democracia.» El mismo Delescluze, añadía: «Apliquemos pronta é implacable justicia á todas las exageraciones que nos pierden.» Gambetta dijo la palabra que verdaderamente pintaba la situación y que resumía los consejos indispensables al partido republicano: «Jamás gobernareis á los demás, si no los persuadís de que acertáis á gobernaros á vosotros mismos.»

Las perturbaciones que hubo en París por aquellos días, repetición de las perturbaciones anteriores, no hicieron más que afirmar al Imperio y confirmar al plebiscito. El único síntoma grave, la única nube espesa que empañaba aquel horizonte era el voto del ejército. La votación hecha en los cuarteles, con urnas aparte, con escrutinio particularísimo, había dado gravísimas protestas contra el Imperio. La mayoría fué siempre grande; pero el voto de la minoría fué también muy amenazador, sobre todo, en el instituto que debía pelear y morir por la autoridad del Imperio. La opinión pública se conmovió profundamente, y echó de ver un síntoma de verdadera debilidad y una amenaza terrible en las complicaciones de lo porvenir. Fueron tales y tantos los rumores, que

Napoleon escribió una carta autógrafa al ministro de la Guerra, declarándose satisfecho del voto de su ejército, y salió en compañía de la Emperatriz Eugenia á la hora de mayor concurrencia, por los boulevares para ir al cuartel, donde más votos de oposición habían sonado, al cuartel del Príncipe Eugenio, y decir cuatro cumplidos al ejército y darles cuatro regalos á los soldados, convirtiéndose en cortesano y adulador de sus enemigos armados, porque al postre, en el moderno París, como en la antigua Roma, el César era tan solo un pretoriano con manto de púrpura y con diadema de oro, eternos símbolos de la arbitrariedad imperial y de la fuerza ciega.

Una aparatosa ceremonia debía celebrarse á los pocos días en el grande salon del Louvre. Los Cuerpos Colegisladores notificaban al Emperador el número de votos que había tenido el Imperio en esta prueba de su poder y de su autoridad. Los más brillantes uniformes, las veneras más renombradas y lucientes henchían aquel salon grandioso, pintado al fresco, rutilante de deslumbradores dorados y varios colores y matices. El Presidente del Cuerpo Legislativo, bajando la cabeza y levantando la voz, dijo: «La Francia, señor, os pertenece.» El Emperador se regocijó en ditirámico discurso de esta nueva prueba de alianza entre el pueblo y su dinastía, prometiendo para lo porvenir una larga era de felicidad y de paz. Inclináronse todas las frentes, sonaron las músicas, y el cañon de los Inválidos notificó á París que el Emperador estaba satisfecho y contento en su elevado trono.

Todo el mundo creía que aquella era la ceremonia triunfal de un Imperio renaciente cuando debía ser la ceremonia fúnebre de un Imperio moribundo. Cuentan las historias que al salir de las Tullerías en este ó en otro día Emilio Ollivier, encontró á uno de sus amigos de la infancia que se le acercó á hablarle, entablándose entre ambos este diálogo:

—¿Qué tal va?

—Bien de salud. Mal de trabajo, porque el poder es una carga abrumadora.

—¿Y el Emperador?

—Así, así.

—¿Está malo?...

—Su inteligencia, se apaga, sus fuerzas decaen, su ánimo se abate; pero fío en Dios, que mi política ha de procurarle una buena vejez.

—¡Ay! Emilio, no es posible, le dijo el amigo, rehacer la perdida virginidad del Imperio.

No veía el cándido Ollivier en aquel momento que nacido el Imperio del golpe de Estado, erigido sobre las bayonetas pretorianas, César como los Césares romanos, creyéndose en su omnipotencia un Dios, ébrio de cólera y de orgullo, debía buscar nuevo poder, no en las Asambleas donde tenía que compartirlo con los oradores, y quedarse reducido á símbolo de ideas, á corona de la opinión, á todo, ménos á monarca reinante, sino en los campos de bata-

lla, allí donde se impera con absolutismo, donde se impulsan máquinas, donde se degüella á hombres, donde entre el vapor de sangre caliente, las nubes de la pólvora quemada, el estampido del cañon, los ayes de los moribundos, las ruinas y los incendios de los pueblos, las luchas de los campos pueden reinar el génio de la destrucción, que prefiere á todas las caricias de la libertad, fecunda madre de los pueblos grandes, el desposarse sobre frio cadáver con su esposa natural, que es la muerte. El Imperio no podía continuar, no era posible que continuase, sino saliéndose rápidamente de la atmósfera de la libertad. Y el emperador no podía morir no, sin que el castigo de sus culpas cayese sobre él, porque de otra suerte hubiéramos podido con razón dudar de la eterna justicia. El ángel apocalíptico de los combates le aguardaba en las sombras para traspasar su gangrenado corazón y derribar su maldecida corona. Salimos del plebiscito para entrar en la guerra.